NOTAS

PRIMERO SARAMAGO;
LA SOBREMESA, DESPUÉS
*Guadalupe Chabaud**

222

En los banquetes que José Saramago suele ofrecer a sus lectores, se sirve por lo regular un solo plato fuerte: la novela; no obstante, en el libro intitulado *El equipaje del viajero*,** el escritor portugués obsequia a los comensales con una serie de entremeses exquisitos o crónicas –verdaderas joyas literarias– que satisfacen el gusto más exigente del gourmet. En ellas, con un lenguaje de delicada sensibilidad –siempre íntimo, siempre cercano– narra su propia experiencia como persona y como escritor. Valles más, valles menos –con estos ruisseños o sin ellos– nos habla de la *sua terra*, de una tierra que es suya, de gente que habla su propia lengua: de una humanidad y un mundo que son de él, de ellos y de todos.

* Centro de Lenguas, ITAM.
** 1998, México, Alfaguara.

Entre los más de cien textos breves que integran esta colección, seleccioné “Mi subida al Everest” para usarlo como eje y condimento para aderezar una pequeña reflexión sobre el gran tema de la educación superior. Con la clara intención de abrir boca y para que el lector pueda disfrutar del platillo y paladear su profunda carga poética, lo serviremos intacto antes de iniciar la reflexión. Después, en la sobremesa, lejos de afirmaciones especializadas y pretenciosas, pondremos sobre la mesa el tema de la educación para charlar sobre él con toda naturalidad.

Mi subida al Everest

Sea por causa de la presión atmosférica, o efecto de alguna molestia gástrica, el hecho es que hay días en que nos ponemos a mirar el transcurso pasado de nuestra vida y lo

NOTAS

vemos vacío, inútil, como un desierto de esterilidades sobre el que brilla un gran sol autoritario que no nos atrevemos a mirar de frente. Cualquier rincón nos serviría entonces para ocultar la vergüenza de no haber alcanzado un altozano desde el que se mostrase otro paisaje más fértil. Nunca como en estas ocasiones se adquiere conciencia cabal de lo difícil que resulta este oficio de vivir, aparentemente inmediato y que ni siquiera parece requerir aprendizaje. Es en esos momentos cuando hacemos proyectos decididos de exaltación personal y nos disponemos a modificar el mundo. El espejo es de mucho auxilio para componer la actitud adecuada al modelo que vamos a seguir.

Pero sube la presión, el bicarbonato equilibra la acidez y la vida sigue su marcha, renqueando, como si llevara un clavo en el talón y una invencible pereza al arrancar. En definitiva, el mundo será realmente transformado, pero no por nosotros.

Pese a todo, ¿no estaré cometiendo una grave injusticia?, ¿no habrá en el desierto una súbita ascensión que de lejos precipite aún el vértigo impar que es el lastre denso que nos justifica? En otras palabras, y más sencillas: ¿no seremos nosotros transforma-

dores del mundo?, ¿un determinado y breve minuto de nuestra existencia, no será nuestra prueba, en vez de todos esos sesenta o setenta años que nos han correspondido en suerte?

Malo será que vayamos a encontrar ese minuto en un pasado lejano, o no tendremos ojos, quizá, de momento, para ascensiones más próximas. Pero es posible que haya ahí una elección deliberada, de acuerdo con el lugar donde hablamos de nuestro desierto personal o con los oídos que nos escuchan. Hoy, por ejemplo, sea cual fuera la razón, estoy viendo, a distancia de treinta y muchos años, un árbol gigantesco, todo él proyectado en altura, que parecía, en la pradera circular y lisa, el puntero de un gran reloj de sol.

Era un fresno de coraza rugosa, toda hendida en la base, que iba desarrollando a lo largo del tronco una sucesión de ramificaciones prominentes, como escalones que prometían una subida fácil. Pero eran, al menos, treinta metros de altura.

Veo al chiquillo descalzo dar la vuelta al árbol por centésima vez. Oigo los latidos de su corazón y noto húmedas las palmas de sus manos, y un vago olor a savia caliente que asciende de la hierba. El muchacho levanta la cabeza y

NOTAS

224

ve allá, en lo alto, la cima del árbol, que se mece lentamente como si estuviera pintando el cielo de azul.

Los dedos del pie descalzo se afirman en la corteza del fresno mientras el otro pie oscila buscando el impulso que hará llegar la mano ansiosa a la primera rama. Todo el cuerpo se ciñe contra el tronco áspero, y el árbol oye sin duda el sordo latir del corazón que se le entrega. Hasta el nivel de los otros árboles ya conquistados, la agilidad y el dominio se alimentan del hábito, pero, a partir de esa altura, el mundo se prolonga súbitamente, y todas las cosas, familiares hasta entonces, se van volviendo extrañas, pequeñas; es como un abandono de todo –y todo abandona al muchacho que trepa.

Diez metros, quince metros. El horizonte gira lentamente, y se bambolea cuando el tronco, cada vez más delgado, se entrega al viento. Hay un vértigo que amenaza y no se decide nunca. Los pies arañados son como garras que se prenden en las ramas y no quieren dejarlas, mientras las manos, estremecidas, buscan la altura, y el cuerpo se retuerce a merced de un tronco movedizo. Resbala el sudor y, de repente, un sollozo seco irrumpe a la altura de los nidos y los cantos de las

aves. Es el sollozo del miedo a no tener valor. Veinte metros. La tierra está definitivamente lejos. Las casas, minúsculas, son insignificantes, y la gente parece que hubiera desaparecido toda, y que de toda quedase sólo aquel muchacho que trepa árbol arriba –precisamente porque trepa.

Los brazos pueden ya ceñir el tronco: las manos se unen ya al otro lado. La cima está próxima y oscila como un péndulo invertido. Todo el cielo azul se adensa por encima de la última hoja. El silencio cubre la respiración jadeante y el susurro del viento en las ramas. Es éste el gran día de la victoria.

No recuerdo si el muchacho llegó a la cima del árbol. Una niebla persistente cubre esa memoria. Pero tal vez sea mejor así: no haber alcanzado entonces el pináculo es una buena razón para seguir subiendo. Como un deber que nace de dentro y porque el sol aún va alto.

Ascender será siempre una constante en el quehacer de cualquier ser humano. En el proceso de educarse, que no siempre es sencillo, hay una o varias metas, una o varias cimas. El tiempo que pasa inexorable conmina al estudiante a emprender la aventura de escalar su propio Everest.

Saramago, más allá de una narración de lo obvio en el proceso de ascender, se zambulle en aguas menos evidentes; tocando fondo y con una descripción que conmueve las entrañas, describe en un primer momento el vértigo impar que experimenta la persona cuando, al haber alcanzado cierta altura en la ascensión, advierte que lo alcanzado hasta ahora ha sido inútil y estéril.

La educación superior solía ser punto de referencia útil y confiable; era cauce y final de proceso; cima para escalar; nos hablaba de redondez, de victoria y reconocimiento. Hoy sigue siendo un referente, pero no nos habla más de éxito ni nos muestra un rostro triunfador y victorioso. Le educación superior es el lamentable reflejo de un sistema educativo pusilánime e indulgente que permite a estudiantes cojos y discapacitados llegar a la cima, tomando el atajo, optando por el camino fácil para alcanzarla.

En su artículo denominado “Dios, las sectas y los insectos”, publicado en el número 58 de esta Revista, Alberto Sauret comenta: “Hace unas décadas, la contestación juvenil estaba nutrida de ideas filosóficas y políticas que refrescaban la vieja utopía de una sociedad más libre, más justa y más feliz”.

Hoy, el estudiante de la triste figura que ingresa a instituciones de edu-

cación superior, además de carecer de destrezas básicas en rubros como matemáticas, redacción, inglés y computación, muestra una actitud irreflexiva, sentimental e infantil.

Cuando el joven llega a la universidad y alcanza la cima de la educación superior, “no tiene conciencia cabal de lo difícil que resulta el oficio de educarse, aparentemente inmediato y que ni siquiera parece requerir de aprendizaje. Hace proyectos decididos de exaltación personal y se dispone a modificar el mundo”.

Se mira en el espejo y ve, por supuesto, un rostro razonablemente apuesto, la cabellera desordenada, teñida de color amarillo huevo y el brillo desdibujado de una arracada que pende de la oreja izquierda. Lo que ve le satisface. Se deleita en lo que ve.

Quiere comerse al mundo y está listo para encender el sol, embotellar el mar, y viajar por la luna. Su seguridad y entusiasmo están avalados por la marca “Tomy Hilfiger” y, más que en conceptos o ideas, se fundamentan en una conciencia consumista. Es en sí, modelo o prototipo de una cultura mediática.

El paso seguro y alegre con el que cruza el puente que comunica la prepa con la universidad dura escasamente una semana de clases. Es entonces, cuando aparece sobre él el sol autoritario del rigor y la disci-

NOTAS

plina y la exigencia de una madurez que no tiene, que empieza adquirir conciencia de lo difícil que será continuar, puesto que carece de hábitos de estudio y de lectura, tiene dificultad para concentrarse, y no ha desarrollado un sentido crítico: los medios masivos de comunicación, en especial la televisión, han sido tutores y maestros de su hacer y su decir.

A un estudiante así, no le pidan que piense o que exprese una opinión; no le aburran hablando de libros o periódicos; eviten llenar sus alforjas de palabras domingueras: lo que sabe lo ha aprendido de manera rápida, fragmentada y homogénea delante de una pantalla luminosa.

Empero, aunque lo que ve en el espejo aún le satisface, ya no se deleita en ello. Sin poder evitarlo, se siente defraudado y una extraña sensación de vacío se apodera de él: “a partir de esa altura, el mundo se prolonga súbitamente, y todas las cosas, familiares hasta entonces, se van volviendo extrañas, pequeñas; es como un abandono de todo —y todo abandona al muchacho que trepa”. Cuando ha dejado atrás la infancia y la adolescencia; la etapa del consentimiento y del dulce depender, con una indescriptible mezcla de nostalgia y añoranza se pregunta dónde quedaron los doce años que hasta ahora había invertido en su

educación. “Ve, a distancia de treinta y muchos años, un árbol gigantesco, todo él proyectado en altura. Era un fresno de coraza rugosa, toda hendida en la base, que iba desarrollando a lo largo del tronco una sucesión de ramificaciones prominentes, como escalones que prometían una subida fácil”.

“Ve, asimismo, al chiquillo descalzo dar la vuelta al árbol por centésima vez. Oye los latidos de su corazón y nota húmedas las palmas de sus manos, y un vago olor a savia caliente que asciende de la hierba. Advierte como el muchacho levanta la cabeza y ve allá, en lo alto, la cima del árbol, que se mece lentamente como si estuviera pintando el cielo de azul” y se pregunta ¿qué se hizo con el entusiasmo de aquel chiquillo descalzo, de corazón batiente y manos húmedas de emoción que, al iniciar el trayecto de su educación, levantaba la cabeza y lo miraba como la cima de un árbol que al mecerse lentamente le ofreciera un futuro promisorio, pintado de azul? ¿En qué momento perdió la curiosidad y su capacidad de asombro? ¿Quién fue responsable de convertirlo en bilingüe aun antes de empezar a balbucear las primeras letras en lengua materna? ¿Quién, finalmente, lejos de ocuparse de modelar aquella personalidad con grandes posibilidades de ser, lo convirtió en un

NOTAS

recipiente de conocimientos, en una grabadora-repetidora de mensajes no digeridos, en una máquina de hacer cosas?

“Los dedos del pie descalzo se afirman en la corteza del fresno mientras el otro pie oscila buscando el impulso que hará llegar la mano ansiosa a la primera rama. Todo el cuerpo se ciñe contra el tronco áspero, y el árbol oye sin duda el sordo latir del corazón que se le entrega. Hasta el nivel de los otros árboles ya conquistados, la agilidad y el dominio se alimentan del hábito”.

La racionalidad (inteligencia y voluntad) que establecía una clara diferencia entre el ser humano y los animales ha sido secuestrada por la modernidad y el *aggiornamento*. En efecto, las instituciones educativas de todo nivel y en todo el mundo están muy ocupadas en desarrollar las múltiples inteligencias de los educandos y se han olvidado por completo del desarrollo de la voluntad y del enriquecimiento y control de los actos volitivos.

El trastocamiento esencial de la racionalidad deriva en una educación moderna, pero deforme que convier- te la entrega de aquel muchacho, que se ceñía al tronco áspero para ascender, en proclividad a procesos adictivos de cualquier tipo, incluyendo aquellos socialmente aceptados como son las tecnoadicciones. Como con-

secuencia de este mismo fenómeno, la palabra obligación ha perdido su brillo original y se ha desdibujado en los diccionarios. Hoy, la palabra que se engendró con temeridad zozobra muchas veces en los mares de la irresponsabilidad. En este tenor, si es difícil hablar de conquistas, es más difícil hablar sobre “el dominio que se alimenta del hábito”: mal leyendo, sin aprender a escribir, termina la primaria, aprueba la secundaria y sigue en la preparatoria, pero, en definitiva, obtener en cada etapa un certificado no ha significado para él ni dominar ni conquistar.

¿De qué sirve la modernidad cuando se embota la inteligencia y se adormece el entendimiento, cuando se tiene prisionera a la voluntad?

Sube la presión. La coca cola y la aspirina difícilmente equilibran la acidez provocada por la desilusión y por la altura; sin embargo, “renqueando, como si llevara un clavo en el talón y una invencible pereza para arrancar”, el joven universitario sigue su marcha.

De todos modos, el pase automático, la oportunidad de segundas y terceras vueltas o los cursos propedéuticos y remediales que las instituciones le ofrecen para rellenar baches y suplir estas carencias son, paradójicamente, nuevas muletas y facilidades para que el joven que nos ocupa pueda transitar, “con los pies

NOTAS

228

arañados que como garras se prenden a las ramas y no quieren dejarlas”, por las exigentes carreteras de un nivel superior de educación.

“Diez metros, quince metros. El horizonte gira lentamente, y se bambolea cuando el tronco, cada vez más delgado, se entrega al viento. Hay un vértigo que amenaza y no se decide nunca. Mientras las manos, estremechadas, buscan la altura, y el cuerpo se retuerce a merced de un tronco movedizo. Resbala el sudor y, de repente, un sollozo seco irrumpe a la altura de los nidos y los cantos de las aves. Es el sollozo del miedo a no tener valor”.

Dos semestres, tres semestres, un verano más. Surge el inevitable miedo de continuar y la súbita tentación de claudicar, darse de baja y meterse a trabajar. Sin embargo, haciendo un esfuerzo sobrehumano resiste la tentación y siente como “los brazos pueden ya ceñir al tronco. La cima está próxima. Éste es el gran día de la victoria”.

Sangrando, condicionado y a duras penas, aprueba el último examen y termina la licenciatura. “No recuerdo si el muchacho llegó a la cima del árbol. Una niebla persistente cubre esa memoria.” Y es que no se puede hablar realmente de haber alcanzado una cima cuando el trayecto estuvo sembrado de tanta carencia y mediocridad. “Tal vez sea mejor así: no

haber alcanzado entonces el pináculo es una buena razón para seguir subiendo”. No haberle facilitado el ascenso hubiera sido mejor: habría hecho un esfuerzo adicional obteniendo mayor calidad en su desempeño. Esa niebla que hoy cubre la memoria lo acompañará después en los estudios de postgrado y se reflejará, más tarde, en un bajo desempeño profesional.

Muchas veces se asciende con tal precipitación que, al alcanzar el nivel superior, perdemos piso y no se recuerda lo que iba a hacer, lo que se iba a buscar. Ante tal circunstancia y antes de planear próximas ascensiones, no queda más remedio que volver sobre los pasos dados para intentar rescatar aquello que la memoria nos robó por un instante.

Introducirse de lleno en la revisión de enfoques, desafíos e innovaciones de la educación superior, sin reflexionar respecto de los niveles anteriores, sería tanto como aproximarse a las ramas sin penetrar en el árbol. Mirarlo a distancia a través de un catalejo y no ser capaces de apreciar las fisuras evidentes que presenta su tronco.

Por ello, el análisis del estado y la calidad de la estructura que sostiene la educación superior y en la cual se cimienta, se vuelve disciplina indispensable. Si hablamos de un nivel superior, es porque estamos

NOTAS

asumiendo la existencia de niveles previos o inferiores que condicionan el éxito y la supervivencia del nivel más alto. Sin raíces sólidas, el árbol más frondoso podría tambalearse.

Por consiguiente, aunque parezca contradictorio, si se quiere avanzar en materia de educación superior y si queremos que las nuevas generaciones emprendan una ascensión fértil y positiva en su afán de conquistar el Everest, es necesario descender para analizar las causas de los problemas descritos, enmendar los errores cometidos en niveles inferiores y planear después nuevas ascensiones. Todo ello, sin el afán de criticarlo todo y con la única intención de aportar un punto de vista constructivo: “Como un deber que nace de dentro y porque el sol aún va alto.”